

# No es amor

PATRICIA KOLESNICOV

*A Olga, porque no se me pasa.*

*A Ropi y Valu, en el corazón.*

*A María Gabay y Florencia Kraft.*

**L**a foto miente. Soy joven, sonrío, nos abrazamos.  
Mano, bolsillo, brazo, cintura, brazo, bolsillo,  
mano. Mar de fondo, la foto miente.



Octubre 1986

**M**ás que encontrármela, la fui a buscar. Pregunté por ella y me la señalaron desde lejos. Estaba parada en el frente de un aula en silencio y hablaba fuerte: agredía a su público y lo cortejaba. No la astucia elemental de quien seduce atacando sino, a la vez, golpe y caricia. Buscaba el poder como quien tiene el poder. Para qué escribir, decía, para qué si todo es igual y nada es mejor por qué no hacer algo más redituable. Decía eso y decía que no tenía un pasado glorioso. “Ni glorioso ni vergonzante ni nada. Cuando abrí un ojo ya había terminado todo.”

Era muy flaca, entonces, y con melena corta y el pelo negro, lacio. El día en que la conocí andaba de vaquero y camisa blanca con cuello de raso rosa. Ahí adelante, recibía los aplausos con soltura, como si llovieran: llovían.

Salió rodeada por mucha gente. Florencia Kraft —así decía mi papelito— se movía dando instrucciones:

—¿Quién mierda colgó ese cartel ahí?

Yo tenía que hablarle y no había cruzado la ciudad para volver después de las elecciones. Avancé:

—Florencia.

—Bla, bla, en el '73 bla bla, basta de chicanas, bla bla bla.

—Florencia.

—¿Nosotros chicaneamos? Bla bla bla, estructura partidaria, bla, nunca se chupó el dedo ¡bla ble bli blo blu!

—Señorita Kraft.

Me miró.

—¿Qué pasa?

Lo que le había venido a decir era algo de lo que ella ya estaba enterada. Básicamente que acá estaba la María Gabay que iba a reunirse con ella por lo de la revistita. Unos meses más tarde hubiera sido capaz de leer lo que decía su gesto: que no sabía de qué le estaba hablando. O mejor: que sabía y no le gustaba y simulaba que no. Que así tal vez —esto es clave— el no gracias era mío y adiós adiós corazón. No era el caso, sin embargo. Yo todavía no había sido expuesta a esa conformación psíquica de modo que vi una cara vagamente confusa y expliqué el motivo y la urgencia.

—Soy María Gabay —dije y abracadabra, ésa era la llave mágica que cerraba esta puerta.

—Soy María Gabay.

Lo dije a los gritos, entre la gente que discutía.

—¿No puede ser la semana que viene?

—No, no convendría.

—Ajá.

—Es por la revista de ciencia.

—Ah, sí. Pero ahora no. Por favor, yo me comunico.

Ésta, la mujer de los aplausos, era la persona que papá quería para la revista. Cómo explicarlo: no era habitual que la gente estuviera demasiado ocupada como para escuchar una propuesta del señor Gabay, menos

una estudiante de cuellito de raso, menos que menos cuando la estudiante no era Maia Plisetskaia sino el resultado de una ecuación de papi con la Secretaría de nosecuánto. Hay que admitir que me descolocó, tenía que decirle “ahora o nunca” y que se arreglara con su partidito. O mejor, sonreír y partir y vetarla para siempre. Demasiada pólvora para este chimango. Así que pragmática, lesson one:

—Lo hacemos en diez minutos y para vos y para mí ya está hecho.

Yo tenía razón, como siempre de ahí en adelante.

—Tenés razón. Esperame un ratito en el bar. No, mejor en el de Córdoba y Callao.

Tardó mucho. Cuando apareció yo ya estaba un poco indignada y empezaba a buscar las llaves del auto. Fuera de tablas, se veía que caminaba algo raro, como con una pequeña renquera.

—Perdoname, es terrible ahí adentro pero ya termina. Acá vamos a estar tranquilas.

—Toda una celebridad.

—Algo así. Bien, te escucho —dijo, pero no me escuchaba: abrió una mochila a cuadritos que cargaba —afortunadamente, no era un morral—, fue poniendo sobre la mesa un cuaderno con espirales, tres biromes, un juego de llaves, una manzana, un frasquito con una etiqueta escrita a mano y los típicos “globulitos” de la medicina alternativa.

—Decime.

—¿No te lo explicaron?

—Contame todo desde cero.

Oh my god, ¿quién era esa chica apurada que tenía la mirada en otra parte y parecía que me estaba haciendo un favor? Le expliqué, bueno, desde cero, que había un laboratorio, como ella sabía, que quería hacer una revista de divulgación, como le habían contado, mucho más allá de sus drogas, como era obvio, que iba a tener distribución nacional, como correspondía, que estábamos viendo si y cómo se involucraría el Ministerio de Salud, que a través de ellos —como le habían informado— había llegado su nombre. Para colaborar en lo periodístico.

—Algo de plata va a haber.

—Creo en la homeopatía —dijo la candidata Florencia Kraft, y se tragó seis globulitos, que había apartado en la tapa del frasco.

Me reí.

—Creé en lo que quieras. No es el imperio del mal. Es solamente una revista de ciencia sin altas pretensiones que un señor dueño de un gran laboratorio consiente en bancar.

—Y el gobierno decide apoyar —soltó la militante, con gesto triunfal y alargando la mano para alcanzar mi vaso de agua y vaciarlo.

Me reí más: siempre hubo pero en ese momento crecía como plaga la gente que vivía en un microclima y pensaba que era muy importante.

—Si fuera algo muy serio buscarían gente conocida, no vos y yo.

Yo tenía razón.

—Tenés razón.

Florencia pidió detalles. Largó algunas ideas, con lo que entendí que sí había pensado en esto antes.

—¿Vas a tener tiempo, con el Centro?

—Todavía no gané.

—¿Vas a ganar?

—Sí. Sí. Qué sé yo, sí.

Se apretó los ojos con la mano izquierda.

—Voy a tener que tener tiempo. ¿Cómo están pensando el organigrama?

Ésa era mi chica. Lo primero que quería saber era quién mandaba. Por supuesto, descontaba que era buena entendedora y el laboratorio se llamaba Loewenthal y Gabay, en fin. Así que le hablé de Gurruchaga, el ejecutivo a cargo. Él dirigía. Y luego ella, en redacción. Y digamos a la par —tanto como eso fuera posible— yo, la “científica”. “Pero la última palabra es de mi papá.”

—Ahí está, la puta que lo parió.

Le seguí la mirada. Un flaco insulso de remera roja venía cruzando Callao. Primera aparición de Nacho, presentado por su novia:

—Un catalán polígamo hijo de una gran puta.

Nacho entró besándole el cuello y la futura presidenta del Centro y niñita mimada de medio partido gobernante tiró los calzones sobre la mesa y me dejó hablando sola.

Me fui. Después la seguí por los diarios. El día en que ganó el Centro. Una entrevista en la radio. Nuestras charlas de trabajo después de las vacaciones. Sus precisiones, sus preocupaciones, sus indicaciones:

—Tuvimos que ceder Cultura y los peronchos querían Publicaciones.

—El martes a las 11 tenemos una entrevista con el secretario de Ciencia y Técnica.

- Nacho se mudó a mi casa.
- Apareció el tipo para corrección.
- Hay que ir a supervisar los ferros. Los de impresión, boluda.

**M**ierda de ganas tengo yo de meterme en más cosas, de tener que ver laboratorios y médicos para darle el gusto a la nena del ricachón golpista. Me boxeo con mi referente político: estoy ganando este bello y pujante centro de estudiantes para el gobierno: ¿Qué me piden pelotudeces? Y encima: ¿Qué experiencia tengo yo para hacer eso de manera decente? ¿Un añito en un diario de pueblo? ¿Colaboraciones sueltas aquí y allá? El tipo me deja gritar como con fastidio y me dice lo que ya sé: Gabay es un pesado, Gabay es uno de los pocos proveedores nacionales de los hospitales, Gabay quiere hacer algo con nosotros, nosotros queremos hacer algo con Gabay. Ellos ponen una chica que estudia algo científico, nosotros ponemos una chica que estudia algo periodístico, no un número uno. Y no la embarres.

**M**irá, María: yo sé que no es lo más cómodo pero necesito que trabajemos en casa. Tengo que esperar un llamado por el tema de las sedes de la carrera, no se sabe dónde van a ser los exámenes. De paso, tomamos sol en el jardín.

La subo al tren, ¡a María Gabay! Me da un gusto tonto ver tanta elegancia respirando maní con chocolate. Pero no sería justo decir que es solamente ese chiste. También tengo la ligera idea de que jamás ha asomado la nariz del raviol natal y que acá hay algo para ver. No sé qué me importa su educación, pero siento como que le va a hacer bien. Con su mugre y su estricta impuntualidad, no odio este tren. Acá descanso, me cuelgo, compro lapiceras, medias y enchufes, por un rato no soy responsable de nada. Mi tren a Lourdes.

—Estos trenes, sin embargo —le digo, doy clase—, están desnaturalizados. Se quedan acá nomás. Y los trenes son un bicho de ir lejos. Lo bueno es que van lejos.

—Esto es bastante lejos.

La apuro desde la estación. No la dejo mirar la iglesia ni ponerse pintoresquista. Quiero llegar.

**M**aría, te presento mi casa. Mi casa, María.  
Otra vez: no es un rancho mi casa (que no es mía, por supuesto), pero no es una residencia. Entramos por el comedor. Abro las persianas. Se mete a investigar.

—Flores, esto no es un jardín. Esto es un patio.

—De ninguna manera. ¿Dónde viste un patio con árboles? Ahí crecen bananas y acá, limones. Cosas de jardín.

—Lo lamento, pero es un patio porque no tiene pasto.

—Los árboles están plantados en la tierra.

—Patio a muerte.

El teléfono cierra el debate. El Centro me vuelve loca. María hace café y lo toma. Yo no termino de discutir.

—Flores, hay trabajo. Desenchufá el teléfono un ratito.

Finalmente nos sentamos a armar la revista. Yo la miro fibrón en mano, pero sigo pensando en las aulas para los exámenes.

—No se puede hacer una carrera sin sede. Es un drama. Uno cursa en Económicas y el otro en el centro, nunca se ven las caras.

—¿No vamos a terminar el sumario?

—Sí, corazón. Terminemos y me vuelvo al centro.  
Eso hacemos.